



**PALABRAS DE SALUTACIÓN DE MONS. JESÚS GONZÁLEZ DE ZÁRATE,
ARZOBISPO DE CUMANÁ Y PRESIDENTE DE LA CEV
EN SESIÓN INAUGURAL DE LA CXVIII ASAMBLEA PLENARIA ORDINARIA**

Caracas, 4 de julio de 2022

Muy queridos hermanos obispos.

Mons. Ignazio Ceffalia, Encargado de Negocios de la Nunciatura, P. Carlos Arnaldo Devera Rivas
Administrador Diocesano de la Diócesis de Ciudad Guayana

Estimados Directores de los Departamentos de Secretariado Permanente del Episcopado
Apreciados colaboradores

Para dar mayor realce a la Inauguración de la II Asamblea Nacional de Pastoral con la cual prolongaremos nuestro compartir fraterno y nuestro trabajo conjunto de estos días, se ha decidido que esta Sesión Inaugural de nuestra CXVIII Asamblea Plenaria Ordinaria no tenga el carácter público y de mayor participación que ha caracterizado el inicio de nuestros trabajos en los últimos años.

En razón de ello y al hecho que tendré que intervenir en estos días en al menos tres oportunidades más, he considerado oportuno en lugar de hacer una extensa presentación de realidades sociales y eclesiales más o menos conocidas por todos, conformarme con una sencilla y breve introducción a las trabajos de la Asamblea, en la que me gustaría resaltar dos aspectos que nos ayuden a impregnar de “espíritu” nuestro encuentro en estos días. Cuando se dice algo tiene “espíritu”, según la sencilla pero muy profunda explicación que da el Papa Francisco en EG se suele indicar que tiene unos móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria, y permiten vivir el conjunto de las tareas superando los formalismos.

En el mes de enero, - como está señalado estatutariamente - haré una presentación del panorama nacional eclesial, y en las demás intervenciones de estos días profundizaré en otros temas que abordaremos en nuestra Asamblea.

I – QUÉ BUENO Y HERMOSO ES ESTAR LOS HERMANOS REUNIDOS

Para ello me gustaría poner de relieve en primer lugar el carácter *fraterno* de cada Asamblea del Episcopado, e invitarles a dar gracias a Dios por el regalo que significa poder encontrarnos como *hermanos* varias veces al año. Con el salmo 133 (132), les invito a proclamar: "¡Oh, qué bueno, qué dulce habitar los hermanos todos juntos! Y a disfrutar estos días como un *ungüento* que perfuma, que embellece, que sana... Como el *rocío* que refresca, que hace germinar la simiente... Convencidos, como lo afirma la conclusión de este breve salmo, que en nuestro estar juntos: *el Señor manda la bendición, dispensa la vida para siempre* (Sal 133).

No hay duda que la fraternidad, el amor al hermano es una de los distintivos de los seguidores de Jesús de Nazaret. Como dice el evangelista Juan, en esto conocerán todos que somos sus discípulos, en que nos amamos los unos a los otros como Él nos amó (cf. Jn 13, 34-35). Esto es tan importante que podemos afirmar, como lo hace San Pablo, *que toda la ley se cumple si amamos al prójimo* (Gal 5,15). El que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios (cf. 1 Jn 4,8).

Es cierto que en la Conferencia Episcopal nos reunimos como sucesores de los apóstoles, miembros del colegio episcopal, que por misericordia de Dios hemos sido colocados como maestros y pastores del Pueblo de Dios que peregrina en Venezuela. Que todos tenemos una gran responsabilidad que cumplir en la conducción de cada una de nuestras Iglesias y somos responsables en las necesidades de la Iglesia universal. Si, pero que eso no nos haga olvidar que entre nosotros somos, en primer lugar y antes que nada, hermanos, porque de lo contrario podríamos correr el riesgo de hacer de nuestra Conferencia una simple estructura institucional (cf. CVI 49), muy eficaz, tal, vez, pero un poco sin alma.

Desde mi experiencia de casi quince años de pertenencia a este cuerpo episcopal, y de haber participado en diversos momentos en encuentros latinoamericanos y en la Santa Sede, puedo testimoniar que nuestra unidad afectiva y efectiva, ha sido uno de los signos que más llaman la atención de nuestra Conferencia Episcopal. Y por eso, tanto el Papa Benedicto XVI como el Papa Francisco, como muchos hermanos obispos de todas las latitudes, nos ha invitado a conservarla y profundizarla como un don precioso. Si, como un don precioso.

¡Cuán grato es tener hermanos mayores que desde su experiencia de muchos años, desde las dificultades y situaciones problemáticas que ellos han atravesado pueden aconsejarnos, alentarnos y corregirnos si fuera necesario, como un modo de ayudarnos a iluminar el camino que debemos recorrer como pastores del Pueblo de Dios! ¡Que consolador es poder experimentar el dinamismo y la creatividad de los hermanos más jóvenes en la conducción de sus Iglesias!, ¡Que la obra de Dios sigue adelante, que hay posibilidad de renovación y continuidad en las iniciativas más allá de las que nosotros hemos podido adelantar! ¡Cuánta seguridad nos da el saber que no estamos solos en esta tarea tan comprometida que el Señor nos ha confiado, sino que caminamos junto a otro que me hace más llevadera la carga!

La comunión entre nosotros es un don pero también una tarea (cf. CVI 41). Es necesario construirla día a día por lo que no podemos sentirnos satisfechos con la herencia recibida de los que nos han precedido en el ministerio episcopal, ya que nuestro colegio es un cuerpo dinámico que se enriquece frecuentemente con nuevos miembros que vienen aportar novedad y de los que podemos aprender.

Por eso, muy queridos hermanos, les invito a pedir al Señor experimentar en cada uno de los días que vamos a estar aquí reunidos, como lo afirma San Juan Pablo II en la NMI 43 cuando habla de la espiritualidad de comunión, la capacidad de ver al que esta a mí lado *como uno que me pertenece*, del cual soy responsable y con el cual estoy llamado a compartir las alegrías y los sufrimientos en la amistad. Que nos permita ver todo lo que hay positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como un regalo de Dios, por lo cual seamos capaces de llevar mutuamente nuestras cargas que son muchas y rechazar frontalmente, como algo que no viene del “buen espíritu” cualquier tentación de seguir un camino distinto. Como también dice el Papa: “sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento”.

II – EDUCARNOS EN UNA MENTALIDAD SINODAL

Para profundizar en este camino de comunión fraterna y colegial, debemos dejarnos educar por el espíritu en una mentalidad verdaderamente sinodal. Resulta evidente que esta Asamblea episcopal se inscribe en el camino de preparación de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (octubre de 2023), “*Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*”, al que hemos sido invitados a participar a todos.

Como ha afirmado el Papa Francisco “*el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio*”¹, por lo que nuestra Asamblea debe estar signada por ese espíritu sinodal, de forma que podamos descubrir, a partir de nuestra misma experiencia vivida de sinodalidad, cuáles son los procesos que pueden ayudarnos a *vivir la comunión, a realizar la participación y a abrirnos a la misión* en el ahora de la dramática situación que vive nuestro país.

Eso sólo lo podemos realizar asistidos por el Espíritu Santo. Y por eso, lo invocamos en la convicción de que sin su acción renovadora no podemos avanzar. Sólo con la fuerza renovadora del Espíritu (cf. Ef 4, 23) podemos entrar con audacia y libertad de mente y corazón en un proceso de conversión personal, colegial y eclesial (cf. EG, n. 26).

Eso requiere de nosotros, como lo sugieren los documentos para la fase preparatoria del Sínodo, tiempo para *compartir* (para rezar juntos, encontrarnos, conversar de nuestras cosas, alegrarnos por los aniversarios de nuestras Iglesias que este año son muchos); humildad para *escuchar* (con empatía para que la escucha sea algo más que oír); coraje al *hablar* (lo cual implica tanto libertad interior, como verdad y caridad en la expresión), apertura a la conversión y al cambio (algo que, ciertamente, nos cuesta); dejar atrás *los prejuicios y estereotipos* (que se nos podido ir pegando en el camino), curar el virus de la *autosuficiencia*, y evitar el riesgo de dar mayor importancia a las ideas, por muy sabias e iluminadoras que parezcan, que a *la realidad de la vida de cada uno y de nuestras Iglesias*. No se trata tan sólo de las bondades de la sinodalidad, sino de llevarla a la práctica. Todos debemos crecer y madurar en estas actitudes y disposiciones para seguir y profundizar en nuestro “caminar juntos”. Para ello debemos dejarnos evangelizar por el otro.

No hay duda que vivimos en un mundo que favorece el individualismo, por lo cual la estabilidad y significación de los vínculos comunitarios., incluso entre nosotros, se pueden ver debilitados (Cf. EG 67). Cada día tendremos la oportunidad de, en la escucha de la Palabra de Dios y en la Eucaristía compartida, renovar ese *ardor* que nos purifica de todo aquello que retarda u obstaculiza la comunión (la auto referencialidad de muchas de nuestras obras y proyectos, el miedo al que piensa distinto, la falta de apertura a la novedad) y avanzar decididamente en aquello que la puede favorecer (el discernimiento permanente, la apertura a la conversión, los proyectos comunes) (Cf. EG 69).

Además, en esta Asamblea tendremos la oportunidad de realizar diversos ejercicios de sinodalidad vivida con las directivas de los religiosos y laicos (el martes en la tarde), y especialmente entre nosotros mismos (todo el día miércoles), tal como ustedes han recogidos en

¹ FRANCISCO, Discurso para la Conmemoración del 50° aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos (17 de octubre de 2015).

nuestra agenda de trabajo. En la II Asamblea Nacional de Pastoral tendremos la oportunidad de ampliar y profundizar en este ejercicio de sinodalidad.

Como afirma el documento preparatorio, los sínodos son un tiempo para soñar y "pasar tiempo con el futuro". Esta nuestra Asamblea Plenaria Ordinaria, vivida en espíritu sinodal es un tiempo para "soñar" juntos. Un tiempo para animar a crear procesos pastorales comunes a través de los diversos órganos de nuestra Conferencia Episcopal (a ello debe tender el proceso de re-estructuración de nuestra Conferencia) y la promoción de una visión del futuro en que se hagan presentes la alegría y la esperanza que trae el Evangelio, para superar el luto y el dolor que hoy vivimos. Para ello es también importante que mostremos apertura al Espíritu (cf. Lc. 4,18).

La opción de "caminar juntos" es un signo profético para una sociedad como la venezolana que está caracterizada por las continuas tensiones y confrontaciones. Como es nuestra costumbre, aportando la visión de cada uno, fundada en nuestra experiencia de *estar cerca de la gente, de caminar con el pueblo como parte de él*, intentaremos interpretar los signos de los tiempos de nuestra compleja realidad. Con toda seguridad de ese discernimiento, y a través de los documentos que publicaremos, podremos manifestarle al pueblo venezolano que puede seguir contando, incondicionalmente con sus pastores.

El Señor nos ayude en esa tarea.